



William Hazlitt, William M. Thackeray, Oscar Wilde, Virginia Woolf. Prólogo de Edgardo Cozarinsky

Gentlemen. Los mejores escritos del dandismo inglés

Buenos Aires

Mardulce

2014

183 páginas

Oscar Wilde. Prólogo y traducción de Matías Battistón

Filosofía del vestido y Ensayo sobre las artes decorativas

Buenos Aires

Ediciones Godot

2014

105 páginas

Rosalía Baltar¹

Textos ingleses sobre lo dandi, la apariencia, el esnobismo

El dandismo es un invento inglés que fue llevado a su máxima expresión por los franceses. La editorial Mardulce sacó para nuestro deleite una serie: primero, ensayos sobre el dandismo francés –prologada impecablemente por Alan Pauls– y ahora, un conjunto de escritos sobre el dandismo inglés, precedido por las palabras de Edgardo Cozarinsky. Por su parte, Ediciones Godot ha publicado un pequeño libro de maravilla con dos conferencias de Oscar Wilde, por primera vez traducidas al castellano: “Las artes decorativas” y “La filosofía del vestido”. Con estos tres libros

se arma un campo semántico en torno a la moda, el gusto, la tradición, la sociedad y el individuo. En esta ocasión, me detendré sobre la parte inglesa del dandismo.²

De la selección de Mardulce se pueden extraer ciertas modalidades de aparición del dandi en la escena social: un dandi por exceso –Wilde, por ejemplo, exhibiendo algo en el vestir, un clavel verde, que opera como provocación–, el dandi por carencia –el verdadero dandi: un dandi que con menos hace más, que no muestra sino retacea–; el dandi fallido, maestro de muecas de dandismo

¹ Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Mail de contacto: rosalia.baltar@gmail.com.

² Una reseña sobre la antología de la parte francesa (sobre *El gran libro del dandismo* (2013) de

Honoré de Balzac, Charles Baudelaire, J.A. Barbey d’Aurevilly. Prólogo de Alan Pauls) ha sido publicada en *Bazar americano* (2014) con el título: “El placer del efecto o cuatro ensayos sobre lo dandi”.

desafortunado. Excepto el texto de Virginia Woolf, que toma de lleno la figura de Brummell, los ensayos aquí compilados registran una actitud sesgada: no se refieren en forma directa a la figura del dandi, sino a cuestiones que se asocian con ser o no ser en sociedad y con los modos de establecer legitimidades en un medio social.

Dinero, libros nuevos y otras cosas desagradables

William Hazlitt (1778-1830), un crítico literario inglés, famoso en el mundo sajón, ícono de la crítica británica y revitalizado por las hilarantes novelas de David Lodge –en las que se convierte él mismo en objeto de estudio de uno de sus protagonistas–, escribe sobre el dinero, la lectura de libros nuevos y la gente desagradable. Un dandi, concluimos, no tiene otra alternativa sino la de vivir en la holgura económica y en medio de deudas. El problema del dinero está enfocado en la perspectiva del intervalo: es la angustia de aquel que lo ha gastado todo, pero que no ha perdido la ansiedad por seguir gastando.

Con respecto a los libros nuevos el crítico focaliza en sus lectores. Los libros nuevos, entendidos como aquellos que salieron ayer, permiten erigir en jueces y críticos con facilidad a sus lectores, puesto que no hay palabras previas a las que considerar; se convierten en *accesorios* después del acontecimiento. Y afirma: se lee para charlar y dogmatizar. Para Hazlitt, el culto a lo recién salido como lo nuevo es un culto que desacredita a quien lo ejerce. Y se pregunta: ¿no hay libros antiguos que a mis ojos son nuevos ya que nunca los he leído? ¿Qué interés revestiría lo recién aparecido toda vez que varios clásicos se encuentran sin abrir siquiera? Es indudable, concluyo, que un tipo de dandi gustará del efecto de “estar al día”,

mientras que otro remitirá a lo excéntrico de leer lo que todavía no ha sido abordado.

Por último, Hazlitt se centra en la gente desagradable. Focaliza la cuestión en aquella gente que todo lo invade en lo cotidiano y con la que establece una taxonomía episódica que va al encuentro de cualquiera en la vida corriente: los arribistas, los tremendistas, los violentos, los acomodaticios. La gente desagradable es lo contrario de quienes viven en sociedad para hacer de ésta un mundo, sino mejor, al menos soportable. Huir de los desagradables –de los quejosos, los sombríos, los mezquinos– se convierte en un imperativo de la vida social.

Virginia Woolf tras el gesto dandi

Virginia Woolf define a Brummell como el arte específico de hacer el nudo de la corbata a la perfección. Una de las condiciones del personaje es que permite determinar los límites de los otros. Brummell es un sujeto narrado pero en la narración de Brummell conocemos al narrador, ya que la tendencia es la exageración en la anécdota, en desmedro, dice Woolf, del equilibrio de gestos, actos y movimientos del auténtico dandi. Leyendo el ensayo de Virginia Woolf tenemos la idea de que Brummell, aún mucho antes de que se convirtiera en un pobre raído, sin dinero ni decoro, estaba condenado porque no vivía de sí, sino de la voluntad de la sociedad inglesa que, por esnobismo o desidia, lo mantenía embalsamado. Ocurrió lo que a Werther al acercarse al bello cadáver de Carlota: vio un leve punto de corrupción (Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso*, 1977) y la misma sociedad que lo había entronizado, lo pulverizó, desintegrándolo, borrándolo. Mantuvo, eso sí, la parte de ella que armaba el mito Brummell, esto es, su relato.

Oscar Wilde y sus retratos de sociedad

Un tema de las conferencias de Wilde en Estados Unidos es el lugar del artesano en la producción del arte, de las artes decorativas. Si bien el artesano “depende del placer y la opinión” del público, en realidad, la clave de su hacer está en el valor y el goce que esa práctica pueda generar en sí misma y que lo lleve a poner el alma y el corazón al momento de realizar un objeto bello, algo que ninguna maquinaria concretaría. A lo largo de las sesenta ciudades que Wilde recorre durante su estancia en Estados Unidos descubre lo feo y la falta de estímulos y de exposición a lo bello en los artesanos:

Donde quiera que fui, vi papeles murales malos, horriblemente diseñados y alfombras coloreadas y aquel viejo ofendedor, el sofá de crin de caballo, cuya apariencia de imperturbable indiferencia resulta siempre tan deprimente. Vi candelabros insignificantes y muebles hechos a máquina, generalmente de madera de rosa que chirriaban estridentemente bajo el peso del omnipresente entrevistador. Me topé con la pequeña estufa de hierro a la que siempre persisten en decorar con ornamentos hechos a máquina, y que es tan aburrida como un día lluvioso o como cualquier institución particularmente espantosa (151).

La lectura interesante de Wilde se centra en el obrero; él, el que hace las piezas, debe estar rodeado de espacios hermosos, de paisajes y estímulos que lo motiven a realizar su trabajo en esos términos. En sentido contrario, las artes decorativas, como el vestir, hacen a las obras de arte. Son dos espacios de mutua retroalimentación. Con ecos de su clásica

ironía, señala Wilde que valdría la pena no desarrollar más la escultura en estos tiempos en que la imposición de objetos feos en el vestir —la levita, la corbata— sirven de imagen para la representación en el escultor: “El acto de ver la levita de salón realizada en bronce, o el chaleco doble perpetuado en mármol, le agrega un nuevo horror a la muerte” (152).

En síntesis, las conferencias no resultan sino una pedagogía del arte: Wilde, en tanto maestro, aconseja todo tipo de cuestiones relativas a los hábitos, a las muestras de belleza, a las costumbres, a las estéticas, desde el color de las paredes hasta la necesidad de construir una academia de arte nacional. Wilde, en la escena del extranjero experimentado —él mismo una obra de arte— amonesta a los norteamericanos, sin condescendencias, y su tributo es el reconocimiento de su palabra.

En relación con los textos de Wilde aparecidos en Ediciones Godot, un estudio preliminar de Matías Battistón nos pone en situación de advertir la excepcionalidad de lo que estamos leyendo. “Las artes decorativas”, escrito en 1882 y producto de una de las conferencias que Wilde ofreciera en Canadá en su gira norteamericana, permite reconocer el aspecto intertextual característico del poeta. Como afirma Battistón, “Wilde era fanático del auto-reciclaje” (24) y al leer este texto con las conferencias propuestas por la editorial Mardulce podemos fácilmente comprobarlo. También aquí, como en aquella sucedida en Nueva York, vuelve el ataque a la decoración de la estufa, por ejemplo:

Hay un elemento del mobiliario al que siempre me enfrento dondequiera que vaya en este continente, y cuya absoluta y horripilante fealdad sobrepasa todo lo que he visto en mi vida: la estufa de

hierro fundido norteamericana. Si se la hubiese dejado en paz, respetando su fealdad natural, uno podría soportarla y tomarla por un mal necesario, como a un pariente aburrido en un día de lluvia; pero los fabricantes insisten en decorarla con guirnaldas de plúmbeas y lúgubres rosas negras en la base y coronarla con una espantosa urna funeraria 0, cuando son más extravagantes de lo normal, con dos (35).

“La filosofía del vestido” tiene una historia casi tan deslumbrante como la relación de Wilde con la ropa: fue hallado en ¡2012! entre las páginas de un periódico norteamericano de 1885 por el especialista John Cooper y traducido en estas páginas por primera vez. Un texto casi secreto, desconocido por más de 100 años, se nos revela ahora. Wilde asocia las leyes del vestido con las de la arquitectura: en ambos, las proporciones, la armonía de las líneas, las expresiones del color son esenciales. Y opone el arte a la moda, su mayor enemigo: “La moda se apoya en la insensatez. El arte se apoya en la ley. La moda es efímera. El arte es eterno. En realidad, ¿qué es una moda? Una moda es una clase de fealdad tan insoportable que tenemos que cambiarla cada seis meses” (88). En la cadencia entre la *boutade* y el sentido común, Wilde, una vez más, analiza los detalles de los vestidos para sostener, como en el *Retrato de Dorian Gray*, que éstos son vulgares y que lo mejor es construir un texto, una palabra, un traje en la esperanza del que ojo receptor capte el conjunto, se admire por las bellezas de las proporciones y no se detenga, con insistencia e imprudencia, en un oscuro detalle.

Para cerrar este comentario sobre los textos de Wilde que se compilan en los dos volúmenes, señalo que en el de Ediciones Godot se incluye un tercer

escrito, muy conocido, “Máscaras de Oscar Wilde” de Andrés Gide, pero que siempre es un plus volver a él. Gide escribió un par de textos sobre Wilde, a quien prefería como persona y no, al igual que casi todo el mundo, como escritor. El Gide que es leído en la actualidad es, por otra parte, el que escribe sobre Wilde, como si éste lo hiciera escritor. Y, curiosamente, el Wilde de Gide es cualquier cosa menos *snob*, frívolo, banal, superfluo, dandi: es sí, un *gentleman*, un caballero.

¿“Snob” yo?

El libro de los esnobs, escrito por uno de ellos de 1848 fue primero una serie de artículos que William Thackeray publicara en el periódico *Punch* a lo largo de un año y que se cortó, según confiesa el autor, porque listar los tipos de esnobs que pululaban en la Inglaterra victoriana hubiera sido tarea de más de un hombre. Mientras daba cuenta de las casi infinitas formas que adoptaba el esnob en su sociedad londinense, llovían al periódico cartas de lectores en las que cada uno de ellos le proponía un esnob de quien versar: el esnob teatral, el esnob de la corte, el esnob dandi, el genio esnob. Thackeray firmaba estos artículos con un seudónimo: “Un esnob”. Se trata, pues, de un libro sobre la hipocresía, la negación y la autocrítica.

No es un tema nuevo para el autor. Ya en *Barry Lyndon* (1844) –esa novela menor de la que Kubrick construyó una obra de arte– y en la gran novela *La feria de las vanidades* (1847), Thackeray había pensado esa característica, tal vez del género humano, consistente en dotar de valor a objetos sin valor o querer alcanzar como objetivo de vida cosas mezquinas y lo había hecho a través de sus personajes, a quienes, por detestarlos, los mansilla sin

compasión, ridiculizándolos. Aquí, sin embargo, logra la modalidad ensayística, en la que procura una clasificación del esnob (una cualidad, diríamos, inevitable, en la que todos, de alguna manera, estaríamos incluidos):

Creo que palabras tales como elegante, exclusivo, aristocrático y otras por el estilo son epítetos malvados y anticristianos, que deberían ser borrados de los vocabularios honrados. Un sistema de Corte que envía a los hombres de genio a puestos de segunda es un sistema *snob*.

Una sociedad que se las da de elegante e ignora las Artes y las Letras es, en mi opinión, una sociedad *snob*. Ustedes, que desprecian a sus vecinos, son unos *snobs*; ustedes, que olvidan a sus amigos de una manera indigna, para ir detrás de los que ostentan un grado más elevado, son *snobs*; ustedes, que se avergüenzan de su pobreza y de su profesión, son *snobs*; como lo son ustedes, los que se envanecen de su ascendencia, o están orgullosos de su riqueza.

La misión de *Mr. Punch* es reírse de tales personas. Que se ría honestamente, sin dar ningún golpe en falso, y que diga la verdad con su más amplia sonrisa; no olvidando nunca que si la Burla es buena, la Verdad es mejor todavía, y el Amor lo mejor de todo (145-146).

Thackeray sintetiza bajo el estudio del esnob la mirada humanista y la comprensión del mundo sustentada en la ironía, en la autocrítica que caracteriza toda su obra de ficción.

Gentlemen

Ambos libros proporcionan un conjunto de puntos de vista sobre lo grande y lo pequeño de la vida en sociedad durante el siglo XIX y de la que todavía continuamos reproduciendo sus gestos y hábitos, sus buenas y malas costumbres. La selección nos enfrenta a ciertos comportamientos naturalizados en el día a día pero que tienen una historia y un nacimiento en la era de Victoria. Y si nos reconocemos, en todo o en parte, es porque, como dice Foucault, quién sabe si todavía no somos parte de ese tiempo. En todos los casos, los textos presentan no sólo cuestiones relativas a los comportamientos en la vida social y sus formas de legitimación y/o descrédito: también, un modo de concebir la crítica, pensada desde la posibilidad de reducir el acontecer a taxonomías más o menos precisas. Lista de esnobs, de gente desagradable, de vestidos, de dandis, de modelos. Listas. El ensayo del siglo XIX inglés como un preludeo estructuralista.